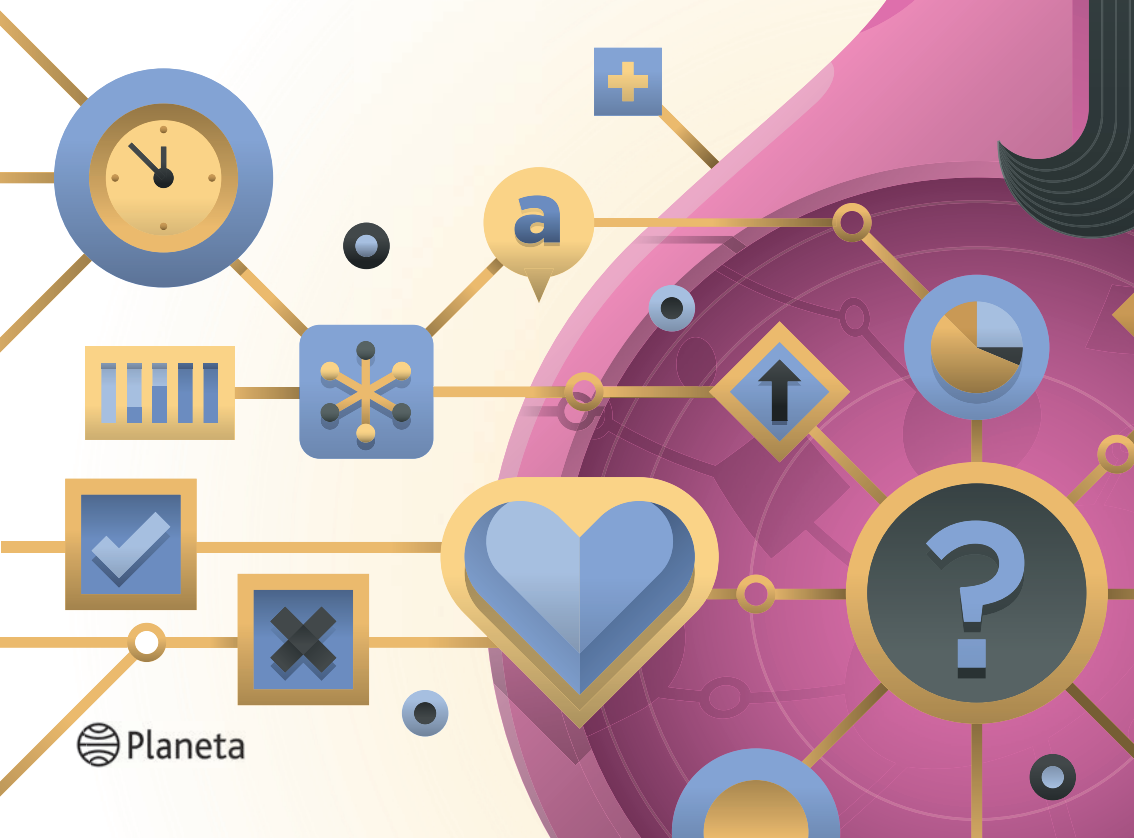


RAQUEL SÁNCHEZ SILVA

*Tengo los óvulos
contados*



Raquel Sánchez Silva

Tengo los óvulos contados

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Raquel Sánchez Silva, 2015
© Editorial Planeta, S. A., 2015
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
www.editorial.planeta.es
www.planetadelibros.com

Primera edición: octubre de 2015
Depósito legal: B. 23.250-2015
ISBN: 978-84-08-14291-1
Preimpresión: J. A. Diseño Editorial, S. L.
Impresión y encuadernación: CPI (Barcelona)
Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**

CAPÍTULO 1

LA CRUZADA DE MIRANDA

Mi nombre es Miranda Ortega. Soy ginecóloga y trabajo en una de las clínicas de reproducción asistida más avanzadas y prestigiosas de mi país, el IVI de Madrid. Llevo una década trabajando en este sector y he llegado a mi particular cruce de caminos profesional y personal. Sigo enamorada de mi trabajo y sobrellevo con cierta naturalidad el manejar situaciones de altísima implicación emocional, no olvidemos que ayudo a los progenitores a cumplir con su objetivo de perpetuarse y reproducirse. Como podréis imaginar, no es fácil recoger y convertirte en la depositaria de tanta ilusión, pero he llegado a acostumbrarme a cargar con este peso y a lograr, incluso, ser bastante fría en el análisis de mis casos clínicos. Sin embargo, hay algo que me roba el sueño y me ha colocado en esta encrucijada. Ya no puedo ejercer mi profesión con libertad sabiendo que la mayoría de las mujeres y hombres que acuden a mí están desinformados; que, en la mayoría de los casos, las decisiones son tardías y están basadas en ejemplos erróneos de una u otra actriz o presentadora de televisión («Si ella pudo, yo también»; o peor aún, en el caso alentador de una amiga de una vecina, de una amiga de una prima...). Esas malditas leyendas como: «En cuanto se relajó, se quedó preñada»; los cuentos (tantos), los ajustes de cuentas de la

pareja (tan devastadores), la soledad, la presión social y el dolor, ese profundo dolor...

Soy una mujer de ciencia y soy también una mujer a la que la maternidad alcanzó en un mal momento. Tengo una hija de 17 años, una adolescente con la que actualmente mantengo una relación complicada. Sí, la maternidad es un tema conflictivo para mí, pero sé separar. Una cosa es que no me ponga sentimental y otra muy diferente que no sepa empatizar con los deseos de mis pacientes.

Trabajo en una clínica en la que cada vez es más difícil poder mirar a una pareja y decirle: el «no» también existe; no debo ni puedo prometer un bebé; no quiero, pero debo decirle a una mujer de 40 que ya es una madre añosa y que «debería haber venido antes»; tengo que explicar que el azar juega una parte fundamental en una ciencia que no es exacta y, todo eso, tengo que hacerlo sin vapulear la ilusión de los que vienen hasta mí como si fuera el oráculo de la fertilidad y tuviera en mis manos el poder de la creación.

Estoy agotada. Agotada de tanta ilusión y de todo ese dolor que circula concentrado en foros. Estoy enfadada con todas las madres del planeta que afirman altivas: «Cuando seas madre, lo entenderás», «y vosotros, ¿para cuándo?», o «por fin he cumplido el gran sueño de mi vida». Si cada una de las mujeres que dice algo así en público sintiera por un instante la punzada de dolor que ejerce sobre otra mujer presente... Una mujer que probablemente no pueda aún asumir, y menos revelar de forma natural, que la concepción no es su fuerte. Palabras que hieren y destruyen, camufladas en un absurdo y obsceno interés social.

Cada día veo pasar ante mí a mujeres que, sin reconocerlo, se consideran mujeres de segunda, todas esas No Diosas de la fertilidad. Llegan en silencio con el cheque en la mano preparado para solventar su «error». Las no producti-

vas, a las que no quisieron lo suficiente, las que lo sacrificaron todo por su trabajo y que, encima, llegan a mi consulta con unas doscientas «collejas sociales» de todas las Madres Pavo Real que se sienten más mujeres por haber engendrado.

¡No puedo más! No quiero llenar de esperanza a mis pacientes si no pueden entender que también, en parte, la sociedad las ha traído hasta aquí; no puedo mirar a los ojos a una mujer que sufre porque sus ovocitos son corruptos sin poder decirle «sabías que podía pasar»; no quiero no poder mandar a la calle a ese señor que consulta el correo electrónico como si la historia no fuera con él mientras su esposa detalla cada intento, cada mes, cada nueva hormona, truco o planta andina que ha ingerido; ya no tengo espalda, ni ganas, para ejercer mi profesión sin compartir la verdad de lo que hacemos. Soy, desde este momento para todos vosotros, la doctora Ortega; y seré absolutamente sincera y, si es necesario, implacable. No cesaré hasta poner todos los medios posibles para lograr el objetivo de mis pacientes, pero no lo haré a cualquier precio. No lo haré con mentiras, no lo haré aplaudiendo el secretismo y la vergüenza, no lo haré admirando a las madres crueles con otras mujeres.

Estoy sentada frente al ordenador. Son las once y media de la noche. En la jornada de hoy he realizado una punción a una donante con la que apenas he hablado; otra punción, que no ha resultado demasiado exitosa, a una chica soltera; he recibido la llamada de una paciente que entre lágrimas me ha confirmado que después de tres ciclos se ha quedado embarazada; he releído tres veces un mail de una expaciente que se ha quedado embarazada de forma natural con 43 años después de que mi diagnóstico sobre su *subfertilidad* catalogara ese embarazo de milagro —por supuesto, me ha llamado de todo—; he chequeado los informes de los biólogos sobre la evolución de unos embriones que im-

plantaré mañana y que, de momento, van muy bien; y mi hija adolescente ha llegado a casa tarde y oliendo a botellón en medio de la semana, me ha saludado con una especie de bramido animal y ha dejado la cena que le he preparado en la mesa de la cocina sin tocarla.

Cómo voy a ser yo la que mire al mundo y afirme: «Todas tranquilas. Aquí estoy yo para solucionarlo. ¡Hombres y mujeres del mundo!, venid a mí con vuestros deseos y la ciencia os dará lo que las fuerzas celestiales os... ¿niegan?».

No puedo participar de este Woodstock de la fertilidad sin dar un necesario puñetazo en la mesa. Para lograrlo no me dejaré nada en mi relato. Habrá muchas historias con final feliz en las que el llanto de un bebé barrerá todo, pero también habrá otros finales felices, como el de las parejas que aprenden a formar una familia de dos y expresar su felicidad y su amor; habrá realidad y pérdidas; habrá mujeres enloquecidas, enfadadas y obsesionadas; habrá sueños científicos, avances que nos llenarán el corazón de confianza en el ser humano. Y no habrá ni un solo mensaje de apología de la maternidad. Esta descarga que necesito me reconciliará con el orgullo que siento por haber traído más de 1.000 nuevas vidas al mundo y, sobre todo, con las miradas de cada una de las personas que se sientan frente a mí cada día y a las que ya no quiero tratar como seres indefensos.

No están enfermos y su situación no les coloca en un punto de no retorno, y voy a intentar demostrarlo. Pero antes voy a llamar a mi paciente embarazada para que me cuente cómo padece las náuseas que aún no puede tener, a mi expaciente cabreada para desearle suerte y explicarle otra vez que el azar interviene, a los biólogos para darles las gracias por haber ampliado su turno y planificar la transferencia de mañana y a la amiga de una amiga que quiere congelar con 42 años y que, con casi toda probabilidad, llega tarde.

Mientras hago todo esto, cenaré por segunda vez con la ración que ha despreciado mi hija y soñaré que un hombre muy poco paternal, con una vasectomía practicada y un historial clínico impoluto, llama a mi puerta para darme un revolcón sin futuro ni expectativas. Mi hija ya dormirá o se hará la dormida. Millones de espermatozoides iniciarán sus caminos en las vaginas y en los laboratorios de todo el mundo. Unos segundos de suspenso ante la maravilla de la creación que se puede producir, pero que no siempre fructificará. El brillo de un óvulo precioso que se dividirá mal dará al traste con ese polvo planificado y medido en tu mejor día de concepción. Un par de adolescentes perderán la virginidad y su herencia familiar de embarazos múltiples convertirá ese embrión en dos hermanos idénticos que tendrán que cuidar los abuelos; una donante coordinada con su receptora planeará cómo gastarse el dinero que ya han ganado sus otras dos amigas suscritas a la donación; una mujer llorará sin que la oiga su pareja; una madraza torturará a su amiga *subfértil* con las historias de la inabarcable maternidad, un niño soñará con peces y un grito de vida desgarrará un paritorio despertando el alma de todos los que lo habitan adscritos a la rutina del alumbramiento.

Sin desearlo, he recordado mi parto.

CAPÍTULO 2

LA DIOSA DE LA FERTILIDAD

Olivia nació un 21 de septiembre en un parto fácil y solitario. Me quedé embarazada con 22 años, una edad perfecta para concebir y gestar, pero muy complicada para todo lo que viene después. Mi hija no conoció a su padre, mi novio en aquel momento, porque nos abandonó un par de meses antes de su llegada. Mi familia, con la que nunca dejé de vivir, apartó su recuerdo de nuestra vida de una forma eficiente y limpia, carente de reproches y malos momentos para la pequeña. Acogimos el silencio y la realidad de «la madre soltera» con naturalidad y alegría. En el fondo —pensaba mi madre— «esta niña será sólo tuya».

Hoy, 17 años después, miro a Olivia desayunar y la observo amanecer. Con esa edad, una no se despierta, sino que amanece fresca y nueva, llena de esperanza y dudas.

—Tómate todo el zumo, Olivia, te ayudará —le digo queriendo hidratarla después de otra mala noche. Quiero ser amable sin parecer comprensiva ¿Qué madre pasaría por alto esa «guerra» que vivimos?

—No tengo ganas, Miranda... —contesta seca, incapaz de mirarme a los ojos.

—... Mamá. Aún no hemos empezado a discutir, por lo tanto, puedes llamarme mamá. Soy tu mamá y lo he sido hasta hace tres meses. Esto de llamarme Miranda ahora, de repente, no tiene sentido y lo sabes.

—Mamá —exagera marcando las emes—, quiero tomar la píldora.

—¿Para qué? —No disimulo ninguna sorpresa porque no me sorprende. Olivia siempre fue así, directa y enemiga de los rodeos. Al fin y al cabo, soy ginecóloga y estaba esperando esa previsible conversación, pero insisto—. ¿Para qué, Olivia?

—¿Para qué va a ser?

—Hay otros métodos. Yo no me tomaría la píldora a tu edad.

—No creo que pienses así si regreso un día a casa embarazada.

—La verdad, Olivia, es que aunque te creas la diosa de la fertilidad, aún no lo eres. Tienes una regla irregular y, además, debes saber que las posibilidades de conseguir un embarazo en las mejores condiciones clínicas de un hombre y una mujer es de tan sólo un 25%, es decir, uno de cada cuatro. Tú estás aún en una fase que para nada es la «excelencia de la vida reproductiva». —Ahora Olivia me mira atentamente. Siempre he sabido que me admira, lo de quererme ya es otra historia, pero mi hija confía en mí—. Por eso creo que con utilizar en todas las ocasiones, insisto, en todas las ocasiones, un preservativo, todo irá bien. ¿Tienes novio? ¿Practicarás sexo con mucha regularidad? —No puedo evitar una leve sonrisa maligna.

—Probablemente mucho más que tú.

—Eso seguro, hija, y por eso tengo muchas menos posibilidades que tú de traerme una enfermedad a casa. Empezáis pronto y no me parece mal, pero esos chicos pueden transmitirte algo mucho más peligroso que un embarazo.

Olivia baja de nuevo la mirada y se toma el zumo como si fuera una píldora anticonceptiva sólo porque lo he hecho yo.

—¿Sabes poner un condón?

—¡Mamá! —me increpa furiosa. La niña que aún es aparece en escena.

—Bueno, me alegro de que así sea. Eres lista y quieres tener una vida llena de experiencias, viajes, educación... y sabes que esos chicos no merecen fastidiar tus planes. Si tus amigas son víctimas de esa fantasía cultural que nos enseña que quedarse embarazada es sólo ponerse a ello, adelante, pero tú tienes una madre que sabe que no es verdad. Quedarse embarazada no es tan fácil. Es verdad que ahora tienes unos óvulos preciosos que son tesoros, pero sigue sin ser sencillo. La especie humana, te lo he dicho muchas veces, se reproduce mal.

—Una amiga de Sonia se ha quedado embarazada.

—Yo no he dicho que no pueda pasar, Olivia, pero no es tan fácil como lo pintan. Te lo aseguro.

Opto por no asustarla. Es mucho más sencillo convertirme en la madre alarmista, pero con mi hija el «terror» no funciona; sí, por el contrario, la razón. De hecho, antes de levantarse del taburete para abandonar la cocina, me sonríe. Es una sonrisa discreta, pero real.

Mientras recojo el desayuno, me giro hacia el salón, que puedo ver desde la isla central de la cocina. Al lado de los libros sigue la reproducción de la Venus de Willendorf, una de las diosas de la fertilidad del paleolítico superior. Recuerdo cómo nos reímos tres años atrás Olivia y yo en el sofá el día que le bajó la regla. Recuerdo que le enseñé la talla y le dije «algún día tú también serás así». Ella, aterrorizada por aquellas mamas, vientre y muslos desorbitados, comenzó a darme pequeños puñetazos en el brazo sin querer hacerme daño. «Como puedes ver, hace más de 20.000 años la cara de esta señora no tenía ninguna importancia, pero su fertilidad sí». Olivia seguía pegándose. Llorábamos de la risa juntas. Allí estaba mi niña, 14 años recién cumplidos y su primera menstruación. Lo encajó bien, con cierto susto lógico, pero preparada para esa primera mancha de nuestra vida. Llevaba meses explicándole que sucedería, y esa especie de pacto premonitorio nos unió aún más.